

vuestra substancia? Mi sangre corre por sus venas; pero ¿no están en El también todas vuestras perfecciones? Yo le amo como á mi querido Hijo; pero ¿no le amáis Vos también como á vuestro Hijo predilecto? Sin embargo, Vos le abandonáis; ¡ pues bien! ¡ Yo le abandono también! Vos no le perdonáis; yo tampoco le perdono. Vos le condenáis; yo le condeno también. Sí; que mi Hijo quede en la cruz, que permanezca enclavado en ella, supuesto que Vos lo queréis, hasta que haya exhalado el último suspiro, á fin de que os satisfaga, os obedezca y salve á los hombres (1).

¡ Ved aquí, pues, que el mismo grito de muerte contra Jesús inocente se eleva, no sólo del corazón, lleno de rabia y de furor, de los fariseos, sino del corazón lleno de ternura y de amor de María! Mas este grito, que por parte de los enemigos de Jesucristo es el grito de un furor infernal, por parte de su Madre Santísima es el grito de una misericordia celestial. Aquellos piden la muerte de Jesús por odio á Jesús, y Esta pide también la muerte de Jesús, pero es por amor á los hombres. Este grito de muerte es para sus autores el crimen enorme que los pierde, y en María es el gran acto de misericordia que nos salva.

¡ Ay, en el Calvario todo es grande, sublime, majestuoso, inefable y digno del Dios que se inmola! Por una parte el Cordero de Dios puro y sin mancha, conservando toda su mansedumbre divina aun bajo la ma-

(1) Crucifige, crucifige eum. (*Luc.*, xxiii, 21.)

no despiadada que le sacrifica, pide que su muerte sea útil á los mismos que se la dan; se ofrece El mismo en holocausto perfecto á la justicia de Dios por la salvación del mundo; y para dar á su ofrenda un valor infinito, la acompaña con la elevación de sus manos (1), con el incendio de su corazón, del cual se elevan hacia el cielo, como un perfume delicioso, los más tiernos suspiros de amor (2); con exclamaciones misteriosas, con lágrimas y con un respeto profundo (3).

Por otra parte, el Padre eterno, no sólo se halla presente de una manera especial en el Calvario, según la expresión de San Pablo, sino que está en el mismo Jesucristo, aceptando el sacrificio de los siglos que le ofrece su propio Hijo, y reconciliándose, en consideración á El, con el mundo. El Padre eterno perdona los pecados del mundo por la gran satisfacción que recibe de Jesucristo (4), y con una pluma mojada en la sangre de su Hijo borra la sentencia formidable que nos condenaba á perecer (5).

Parece que después de lo dicho nada hay que añadir á un cuadro tan sublime, sino el misterio que representa. Sin embargo, no es así, dice San Ambrosio; después del espectáculo de un Dios que expía los pe-

(1) Elevatio manuum. (*Psalm.* cxi, 2.)

(2) In odorem... incensi. (*Num.*, xxviii, 6.)

(3) Cum clamore... et lacrimis... pro sua reverentia. (*Hebr.*, v, 7.)

(4) Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi. (*II Cor.*, v, 7.)

(5) Non reputans illis delicta ipsorum. (*Ibid.*)

cados del mundo y de un Dios que los perdona, hay todavía una cosa que puede excitar nuestra religiosa admiración y enternecernos, á saber: el espectáculo de la actitud y de los sentimientos sublimes con que su Madre asiste á este misterio y toma parte en él (1). María, colocada entre estos dos personajes, se asocia á los sentimientos de uno y otro; Ella confirma, aprueba y suscribe, Ella coopera y contribuye á todo cuanto el uno y el otro hacen por nuestra salvación. Ella toma al Hijo por regla de su obediencia, y en El y con El se somete á los decretos rigurosos del Padre. Ella toma al Padre por regla de su caridad, y en El y con El condena y abandona al Hijo por la salvación del mundo (2).

Nosotros tenemos también en el libro tercero de los *Reyes* una figura de la generosidad de alma, del valor sublime con que la Madre de Dios sufre unos dolores tan agudos, y se priva voluntariamente de su Hijo por nuestra salvación.

Dos mujeres se presentan un día ante el rey Salomón, disputándose un niño, que cada una de ellas dice que es su hijo. ¿Qué hace el sabio monarca para saber cuál de estas dos mujeres es la verdadera madre del niño que se disputan? El manda que se le lleve un cuchillo, y que allí, en presencia de las dos rivales, se parta el niño por medio y se dé la mitad á cada una de

(1) Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis. (*Colos.*, II, 14.)

(2) Stabat non degeneri spectaculo mater.

ellas (1). Es muy justo, responde entonces una de las dos mujeres; es muy justo que se divida este niño, que es la causa de nuestra disputa, y que ni una ni otra tengamos la satisfacción de poseerle (2). Así pensaba, así hablaba aquella á quien no pertenecía el niño. Mas, por el contrario, la que era su verdadera madre, la que estaba cierta de haberle dado el ser, pensaba y hablaba de diferente modo. A vista del verdugo que coge al niño por un pie, desenvaina su cimitarra y se pone en actitud de ejecutar la sentencia; al ver brillar el hierro mortífero que debe quitar la vida al fruto de sus entrañas, siente anticipadamente en su corazón el golpe que va á herir el cuerpo de su hijo; la vista de la ejecución de esta sentencia en el inocente niño debe hacerla sufrir mucho más que al mismo que ha de ser víctima de ella. Ella siente su alma traspasada, toda su sangre agitada por el dolor y sus entrañas conmovidas por la compasión (3), y en un arrebato de ternura maternal se levanta para detener el brazo del ejecutor. «No, no, exclama; no, por piedad; no seáis tan bárbaro que asesinéis á mi hijo; dadlo más bien á la otra mujer, yo consiento en ello. Yo quiero más bien verme privada de él que verle morir en mi presen-

(1) Afferte mihi gladium... dividite... infantem vivum in duas partes; et date dividiam partem uni, et dividiam partem alteri. (*III Reg.*, III, 24, 25.)

(2) Illa dicebat: nec mihi, nec tibi sit; sed dividatur. (*III Reg.*, III, 26.)

(3) Commota sunt viscera super Filio suo. (*Ibid.*)

cia (1).—Mujer generosa, prosigue entonces el rey, vuestra ternura manifiesta que vos sois la verdadera madre de ese niño. Lleváosle, pues, y vivid feliz por haber sido dos veces su madre: porque primero lo engendrasteis con vuestra sangre, y ahora acaba vuestra generosidad de librarlo de la muerte (2).

Este pasaje tan tierno y tan patético es la figura de un misterio, todavía más tierno, que María consume al pie de la cruz, y del título sagrado en cuya virtud se hace nuestra Madre.

Esta mujer generosa cede voluntariamente su propio hijo á la envidia de su justa rival, y María cede también voluntariamente el suyo al odio de los judíos, por la salvación de los pecadores. Asociándose á los sentimientos generosos de Dios Padre, exclama al pie de la cruz: «Padre celestial, yo consiento en que mi Hijo sea entregado al género humano, enemigo vuestro (3).» La mujer del tiempo de Salomón cede á la inicua pretensión de su rival para salvar la vida á su propio hijo; María, por el contrario, consiente en la muerte de su propio Hijo para dar la vida á los injustos que la reclaman. La una dice: *Dad el niño á la que os lo pide; mas no le matéis.* María dice: *Haced morir á Jesucristo, y dadle á los que tienen necesidad de*

(1) Obsecro, Domine, date illi infantem vivum, et nolite inficere eum. (*Ibid.*, 26.)

(2) Ait rex: Date huic infantem vivum, et non occidatur hæc est enim mater ejus. (*III Reg.*, III, 27.)

(3) Date illi infantem. (*Ibid.*, 26.)

El. La una salvó á su hijo cediéndolo; y este mismo hijo, y no la rival, fué quien cogió el fruto de la generosidad de su madre. María, al ceder á Jesucristo, lo entregó á la cruz y á la muerte; y nosotros los pecadores, y no su Hijo, somos los que hemos cogido el fruto de la generosidad de su ofrenda. En la figura, la madre no tiene más que un hijo; en lo figurado, María tiene dos: Jesucristo, su Hijo único según la naturaleza, á quien Ella concibió de su substancia, y los hombres, sus hijos adoptivos, á quienes Ella ha engendrado por su amor. Aquella ejecuta en su hijo único dos actos de amor maternal; ella se priva de él y le salva, ella lo cede y lo recobra. María ejecuta sobre dos objetos diferentes estos actos del maternal afecto: Ella se priva del uno por salvar al otro, Ella cede el uno á la muerte por volver á la vida el otro. Finalmente, aquella mujer afortunada, por la cesión generosa que hizo de su hijo para no verle morir, fué reconocida y proclamada su verdadera madre; y María, por el acto generoso que ejecuta al dar un Hijo por salvar de la muerte al otro, es igualmente reconocida y proclamada nuestra verdadera Madre. Y, en efecto, así como Salomón, á vista de la heroica generosidad de aquella mujer, le dice: «Recibid este niño vivo; se conoce bien que es vuestro hijo (1)»; así también el verdadero Salomón, desde lo alto de su cruz, como desde su tribunal, dice á María: «Mujer, recibid en la persona de Juan á todos los hom-

(1) Date huic infantem vivum... hæc est enim mater ejus. (*III Reg.*, III, 27.)

bres por hijos; en el precio que habéis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amáis mucho y que son vuestros verdaderos hijos (1).» Espada formidable de la Justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, ¡suspendeos! Divino Juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia había pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra Madre, que os lo suplica encarecidamente. Vedla cómo al presenciar la muerte de su Hijo único, se inmola en El y con El, y nos da ese Hijo por precio de nuestra salvación (2).

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que Ella era nuestra verdadera Madre.

(1) Obsecro, Domine, date illi infantem... et nolite interficere eum (*Ibid.*, 26.)

(2) Date huic infantem vivum, et non occidatur: hæc est enim mater ejus. (*III Reg.*, III, 27.)

CAPITULO XI

El sacrificio de Isaac, ofrecido por su propio padre, es una figura del sacrificio de Jesucristo, ofrecido por María, su propia Madre. Explicación de esta bella figura en todas sus partes, y su aplicación al misterio del Calvario. Consecuencias morales de esta doctrina.

No podrá jamás admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda conmiseración de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta Madre de bondad á consentir generosamente en la inmolación del Hijo de sus entrañas para la redención de los hijos de su corazón. No debe, pues, parecernos extraño ni inconducente que San Buenaventura, como ya hemos dicho, aplique á María las palabras admirables que San Pablo escribió con relación al Padre eterno, á saber, QUE NO PERDONÓ Á SU HIJO ÚNICO, SINO QUE LO SACRIFICÓ POR LA SALVACIÓN DE TODOS (1). Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos, sin embargo, tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que, habiendo penetrado el corazón de María, como hemos dicho, la misma caridad que había movido al Padre Eterno, la obligó á eje-

(1) Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradivit, illum. (*Rom.*, VIII, 32.)